

Waldo Medina Los Médicos Heróicos

M. oct. 13/56.

A CABA de conmemorarse una vez más la sagrada efemérides del 10 de Octubre de 1868. Las figuras gigantescas de aquellos hombres verdaderos se levantan como sombras luminosas en el reino de las sombras y en el reino de los sueños para continuar la grande y cívica lección de sacrificio y desinterés que nos dieron y que desde luego nunca podría ser en balde. Es, pues, oportuno recordar a los médicos que en aquella memorable contienda cuanto en la del 1895 engrosaron las filas del Ejército Libertador.



Poco se ha escrito sobre ellos fuera de las sencillas monografías intituladas "La Sanidad Militar Cubana" —1902, 1927— impreso en los talleres tipográficos de las Fuerzas Armadas en la última de las dos fechas citadas, como homenaje a la Sanidad Militar del Ejército Libertador Cubano e historia de éste, así nombrada, escrita y leída por su autor el General Eusebio Sánchez Agramonte, director general que fuera de la misma, durante la Guerra de Independencia, en el VI Congreso Médico Latino-Americano celebrado en La Habana en noviembre de 1922.

Este noble y generoso tema de los médicos en las guerras por la Independencia patria, cobra hoy inusitada actualidad con motivo del pretendido homenaje que recientemente se les iba a rendir a dos reliquias sobrevivientes de aquel Cuerpo de Sanidad del Ejército Libertador, los generales y doctores Molinet y Gisbert, unida a la constante labor divulgadora del Colegio Médico de La Habana y a la edificante y bella faena que realizan innumerables maestros y maestras de nuestra Escuela Nacional que dedican buena parte de sus días lectivos a enseñar a sus alumnos esas inolvidables páginas de la historia médica cubana concitando el interés en concursos escolares de óptimos rendimientos educativos. Este mero esbozo sobre la materia no es sino una leve y devota contribución al estudio

mayor —biografías de médicos en la guerra— que, como tantas cosas necesarias y útiles, está por hacerse.

El fervor con que los médicos —en general cirujanos— unían el amor a la patria y a sus servidores heridos o enfermos se revela sin más ni más de sus informes a los jefes, de sus cartas y diarios. Muchos murieron en el campo del honor como Sebastián Amabile cuya estampa trágica develara con maestría singular Manuel de la Cruz en "Episodios de la Revolución Cubana", que debiera ser manual de lectura en las escuelas. José Martí, que le puso prólogo a la obra, pide que "se llame vil al que no lllore por Sebastián Amabile", y no quería más gloria para su hijo que la de Viamonde.

Al Dr. Incháustegui le sorprendió la muerte en las inmediaciones de su pueblo natal, Manzanillo, a los pocos días de conocer su nombramiento de jefe del Cuerpo de Sanidad Militar, recién creado en la Guerra Grande. Los primeros a incorporarse a aquel legendario movimiento fueron médicos como Antonio Luaces Iraola, Honorato del Castillo, Antonio Lorda y Eduardo Agramonte y Piña cuyas vidas llenas de heroísmo en horas terribles de riesgo y angustia, desafían toda comparación con los héroes y mártires de la epopeya americana. Eran hombres de Cuba y del mundo, pues como ha glosado Don Ramón y Cajal, gloria pura, española y universal de la neurología contemporánea, que dicho sea de pasada sirvió por breve tiempo como médico del Ejército español en la Guerra de Independencia de Cuba, de ingratos recuerdos para él, "la ciencia no tiene patria, y esto es absolutamente exacto; más como contestaba Pasteur en ocasión solemne, los sabios sí que la tienen. El conquistador de la naturaleza no sólo pertenece a la Humanidad, sino a una raza que se envanece con sus talentos, a una nación que se honra con sus triunfos y a una región que le considera como el fruto selecto de su terruño".

Si recordamos los médicos de Maceo como Hugo Robert y Sánchez Echeverría, que marcharon

con la Invasión, Sánchez Agramonte de Máximo Gómez, para no citar más, hay que estar seguros de que, con vista a las curas que hacían en medio del fragor de la batalla, sin recursos clínicos de ninguna clase, tales médicos constituyen el patrimonio moral más alto en la grandeza constituyente de la nación, cuyas bases pusieron con su valor y su talento. Y los que murieron en la refriega o sorprendidos por el enemigo cien veces superior en hospitales de sangre ocultos en la espesura de los bosques, como el médico y general Juan Bruno Zayas o el Coronel Joaquín Caneda y Junco, y Rafael Cowley, y Ricardo Pócurul y Oscar Primelles, y muchos más que habían dejado mesa ancha y casa rica para echarse de manos del dolor, la enfermedad y la muerte al galope, bandera de la vergüenza, para servir a la humanidad en el pedazo de tierra esclava en que habían nacido. Son vidas que aún claman por el homenaje mayor y verdadero, y necesario que las generaciones sucesivas que hasta ahora disfrutan del legado de pueblo que ellos nos dieron, no han sabido hacerles todavía.

Ese homenaje adecuado para la prosperidad duradera de las ciencias médicas y de la nación, "que ha de ser obra de ciencia y de sus múltiples aplicaciones al fomento de la vida, que es fruto del trabajo metódico en los laboratorios y no dones del cielo", consistirá no en esos monumentos de bronce o mármol que solemos ver por ahí, sino en el establecimiento, con los nombres de aquellos médicos heroicos, de innumerables laboratorios modernos, de nuevos y numerosos hospitales, focos orientadores de médicos que en la paz y para la paz sigan las huellas de los médicos cubanos de la guerra.